

La fábrica de machos en *La ciudad y los perros*

Factory of machos in *La ciudad y los perros*

FRANCISCO MARTÍNEZ-HOYOS*

Resumen: Se realiza una lectura desde la sociología para observar la cultura de la masculinidad en la primera obra narrativa de Mario Vargas Llosa. El análisis aborda la construcción de la identidad sexual en el contexto latinoamericano, partiendo de un sistema de valores dominado por los prejuicios y la represión. Mediante la figura del Colegio Leoncio Prado se vislumbra un microcosmos que funcionaría a manera de metáfora de la dictadura militar y el autoritarismo en Perú. La violencia implícita en la vida de los adolescentes, el juego de roles y jerarquías entre los distintos estratos y razas, así como la antítesis entre la traición y el honor son algunos de los elementos que se entretajan en la composición de esta novela.

Palabras clave: literatura latinoamericana; estudios de género; narrativa; novela; siglo XX

Abstract: The first narrative literary work by Mario Vargas Llosa is read from a sociological approach, in order to observe male culture displayed on it. This analysis addresses sexual identity construction in Latin American context, from a system of values dominated by prejudices and repression. Through the image of Leoncio Prado College, we make out a microcosm used as a metaphor of the military dictatorship and authoritarianism in Peru. Some of the elements mixed in the composition of this novel are: underlying violence in teenagers' life, role playing game and hierarchies between different social classes and races, as well as the antithesis existing between treason and honor.

Key words: Latin American literature; gender studies; narrative; novel; XX century

*Universitat de Barcelona, España

Correo-e: fmhoyos@yahoo.es

Recibido: 11 de marzo de 2014

Aprobado: 24 de noviembre de 2014

Aunque la cultura de la masculinidad ha impregnado la historia de América Latina, por lo general ha permanecido al margen de los estudios de género, centrados en la problemática de las mujeres. Es cierto que los hombres protagonizaban la mayoría de los trabajos historiográficos, pero en estos análisis no se tenía en cuenta cómo la variable masculina podía determinar su actuación (Millington, 2007). El resultado fue, paradójicamente, una cierta invisibilidad de los hombres en cuanto a hombres, es decir, en relación a lo que hay en ellos de específico. “Ni siquiera han empezado a pensarse”, afirmaba la escritora Rosa Montero en un artículo en el que los definía poéticamente como “la cara oculta de la luna” (2004). Por suerte, desde finales de los años setenta la psicología, la antropología, la sociología y la historia han realizado importantes aportaciones en este sentido (Carabí, 2008: 15-32).

Esto nos lleva a plantearnos en qué consiste la vivencia de la identidad viril. ¿Qué significa, en la cotidianidad, ser ‘hombre’? Nos movemos en un terreno resbaladizo y ambiguo, ya que el término ‘masculinidad’ puede utilizarse en un sentido descriptivo (cómo son los hombres realmente) o normativo (cómo debieran ser). Aunque existen tantas definiciones posibles como seres humanos, al menos en teoría, sólo una goza de consenso mayoritario dentro de una colectividad determinada y por eso la denominaremos ‘masculinidad social tradicional’, o más exactamente, ‘masculinidad hegemónica’. Se trata de un imaginario que configura en un determinado sentido la posición ante el mundo de la mayoría de los hombres, determinando elementos clave como la subjetividad o la corporalidad. R. W. Connell lo define en los siguientes términos: “configuración de la práctica de género que incorpora la respuesta aceptada, en un momento específico, al problema de la legitimidad del patriarcado” (2005: 77). Se trata, en definitiva, de encontrar una legitimación ideológica a la hegemonía de los varones, de

forma que se garantice la sumisión femenina.

Tal masculinidad se representa a partir de un sistema de valores. Esto implica la existencia de un modelo ideal, a partir del cual se establece una normatividad en función de la manera en que la sociedad estima que deben reproducirse sus parámetros de comportamiento durante el proceso de formación de individuos. En la práctica, cada persona filtra los elementos del canon de acuerdo con su propia subjetividad, tomando aspectos con los que recrea su propia versión de lo que ‘debe ser’ (Moreno Juárez, 2007: 26).

Pero si hay ortodoxia tiene que haber divergencia. Los que se salen de los niveles estándar quedan estigmatizados como seres patológicos, o como se decía en el Barroco, ‘monstruos’, en el sentido de “producción contra el orden regular de la naturaleza”, según especifica el diccionario de la Real Academia Española (2012). A estos individuos se les considera incapaces de responder a las expectativas que la colectividad ha depositado en ellos (Granados Cosme, 2002: 83).

La dinámica entre el esencialismo y lo concreto tiene lugar dentro de contextos históricos que determinan el éxito o la crisis de una construcción de género. En el caso de América Latina, el contenido de la masculinidad ha estado ligado al triunfo de burguesías conservadoras que han ejercido su poder en estrecha relación con dos instituciones tradicionalmente ligadas al orden establecido, el Ejército y la Iglesia. El triunfo de los procesos independentistas respecto a España supuso, en este sentido, una oportunidad perdida para el acceso de la mujer a la esfera pública, tras años de activa participación en la lucha por la libertad política (Martínez Hoyos, 2012). Las jóvenes repúblicas se configuraron como cotos cerrados masculinos en los que se rendía culto a una representación de la virilidad, que entraría en crisis con los procesos de modernización política y económica. El progreso supuso, entre otras cosas, un cuestionamiento al dominio patriarcal hasta entonces indiscutido.

En *La ciudad y los perros* (1963), su primera y exitosa novela, Mario Vargas Llosa refleja con maestría el universo de prejuicios y represiones que hay detrás del denominado ‘machismo’, esa apología de la masculinidad excesiva que encontramos presente en diversas culturas, aunque tengamos tendencia a vincularla con los países iberoamericanos. En palabras de Guadalupe Nettel, Vargas Llosa es el escritor del llamado *boom* que mejor refleja “los usos y costumbres de la masculinidad” en América Latina (2011: 80), un mérito considerable si tenemos en cuenta que también han dejado constancia de la misoginia social primeras espadas como Juan Rulfo en *Pedro Páramo*, o Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad*.

A lo largo de este artículo procuraremos mostrar cómo *La ciudad y los perros* aporta un análisis del conjunto de prácticas que configuran la masculinidad hegemónica dentro de un sistema de género que obedece a unas circunstancias particulares. Para empezar, las de un país, Perú, situado en la periferia del capitalismo mundial, que pugnaba sin éxito por modernizarse. En segundo lugar, las de un estamento determinado, el militar, con una visión del mundo específica que busca reproducir mediante su propia mitología, en la que tiene un espacio predominante para la exaltación de una virilidad asociada a conceptos positivos como la fuerza y el valor (Millington, 2007: 37)¹. La novela de Vargas Llosa, como procuraremos demostrar, constituye una topografía de la construcción social del género al evidenciar los mecanismos de manipulación y violencia destinados a sexualizar a los personajes protagonistas. Entendemos aquí la sexualización no como una realidad natural, sino como el proceso por el

1 Mark Millington apunta que el contenido de la masculinidad varía según la perspectiva adoptada. En términos positivos, hablamos de cualidades como “fortaleza, confiabilidad, aguante, decisión, asertividad e independencia”. En términos negativos, esos rasgos serían “actitud defensiva, agresión, hermetismo, aversión a la emoción, competitividad y autoengrandecimiento”.

cual se representan ideológicamente los atributos corporales.

Para mostrar el machismo que lo impregna todo, nuestro autor escoge como vehículo un grupo de jóvenes dispares que conviven en el Colegio Militar Leoncio Prado. De esta forma, sobre la acción inciden múltiples condicionantes: la clase social, la raza, el entorno represivo de la institución castrense y la juventud. Algunos muchachos pertenecen a la clase alta, otros son pobres. Unos son blancos, otros mestizos o indios. Pero absolutamente todos son jóvenes. Para el crítico Efraín Kristal, *La ciudad y los perros* puede considerarse la novela hispanoamericana más importante acerca de la adolescencia (1999: 32).

Nos hallamos ante una novela de machos. Todos los personajes principales son hombres y los personajes femeninos están en función de ellos, simples epifenómenos de aquéllos, como ha dicho Óscar Hahn (2011: 48). Con ello se muestran y denuncian los rasgos de una sociedad fundamentada en la superioridad masculina.

Desde un principio, la obra se leyó como si se tratara de un documento sociológico (Angvik, 2004: 54). Algo natural si tenemos en cuenta que la fuente de inspiración originaria fue el pasado del escritor como antiguo alumno del Leoncio Prado. No se trataba de una academia militar, sino de un colegio dirigido por militares en el que la mayoría de los alumnos estaban de paso, sin intención de seguir la carrera de las armas. Vargas Llosa ingresó por iniciativa de un padre que ponía en duda su virilidad, al percibirle como un niño mimado por la familia de su madre, los Llosa. Se procuraba aquí, como en tantos otros casos, enderezar a un vástago conflictivo para que no se transformara en un vago o algo peor. En este caso, la reeducación implica alejar al adolescente de su peligrosa afición a la literatura, inclinación propia de homosexuales, no de hombres serios. De hecho, la homofobia que los padres suelen expresar es tan intensa que puede ser considerada “uno de los principios organizadores de lo masculino” (Carabí, 2008: 16). Para Michel S. Kimmel constituye un

elemento básico en la definición cultural de la hombría, un concepto dominado, en su opinión, por el miedo. Miedo de los varones a que otros varones les ridiculicen por ser demasiado femeninos y desvelen, por tanto, que no son machos auténticos. Se perpetúa así un concepto excluyente y homofóbico de la virilidad, que el individuo debe probar al resto del mundo a través de actos de violencia, identificándose con la figura simbólica del guerrero heroico (Kimmel, 2005: 35); (Bonino, 2002: 13); (Ingenschay, 2011: 51-63).

En el caso que nos ocupa, tal mimetización ha de seguir los pasos del militar cuyo nombre lleva el colegio, Leoncio Prado: distinguido en la guerra contra Chile, él mismo dio la orden de ejecución al ser condenado a muerte por el enemigo.

Siguiendo su modelo, los cadetes deben aprender a ser fuertes, tanto en lo físico como en lo emocional. Porque esas son cualidades que se atribuyen al arquetipo de lo viril, en contraposición a la denostada debilidad que sería, por esencia, un atributo femenino. La imagen de la mujer es, en efecto, víctima de un concepto peyorativo sistemático por parte de los aspirantes a machos. Ellas, en su imaginario, acostumbran a ser locas, putas, lo completamente 'Otro' (Watnicki, 1993: 273-282).

La eliminación de todo rasgo susceptible de ser identificado con el llamado 'sexo débil' configura una cláusula de lo que viene a ser una especie de contrato social: a cambio de unos años de prueba en el centro, los alumnos accederán a la capacitación que les permitirá desenvolverse como adultos. Si juegan a hacer la guerra en el colegio no es por capricho. Por medio de esta preparación se curten para superar las adversidades en la guerra de la existencia, con las mismas virtudes que se inculcan en el Ejército: la obediencia, el trabajo y el valor. Es decir, los tres puntos sobre los que se asienta el ideario del Leoncio Prado. De hecho, en la vida real muchos antiguos leonciopradinos guardan gratitud por una educación que les proporcionó los instrumentos para vencer las más duras pruebas.

La obsesión del autor por el realismo ayuda a

dar la impresión de que verosimilitud y verdad no son términos sinónimos. El nobel peruano persigue un objetivo de naturaleza literaria, por lo que no duda en deformar la realidad en función de sus necesidades artísticas. La experiencia es siempre el punto de partida, pero sometida a un proceso intenso de reelaboración. *La ciudad y los perros* no pierde su carácter testimonial, pero su correspondencia con la biografía de Mario Vargas Llosa no hay que entenderla de modo mecánico, como si se tratara de una simple fotografía. El escritor peruano, para trazar el argumento, tuvo que pasar antes por algunas vivencias de sus personajes. Los principales, de una forma o de otra, siempre tienen algo de él: "Para inventar su historia, debí primero ser de niño, algo de Alberto y del Jaguar, del Serrano Cava y del Esclavo" (Vargas Llosa, 2012: 5), afirma en el prólogo a la edición definitiva de la novela. Al mismo tiempo, también se inspiró en otras personas para dar vida a sus protagonistas. Así, el Jaguar, temido por todos como encarnación luciferina de la brutalidad, siempre cruel con los más débiles, pero a la vez seductor por su personalidad indomable, se basa en Estuardo Bolognesi, el poco brillante nieto de un héroe de la guerra contra Chile. Este referente auténtico se mezcla con uno de tipo literario, ya que el rebelde de *La ciudad y los perros* debe mucho también al Joe Christmas de *Luz de agosto*, de William Faulkner, el escritor más admirado por Vargas Llosa (Kristal, 1999: 36).

Surge así una reflexión sobre la masculinidad que bebe de las traumáticas vivencias filiales del escritor, reflejadas en distintos personajes que padecen un modelo de familia claramente disfuncional. El Esclavo, lo mismo que Vargas Llosa durante su niñez, ha crecido con la suposición de que su padre está muerto. Para ambos, el descubrimiento de la verdad va a suponer el inicio de una convivencia imposible con una persona tiránica. Han dejado de ser el único macho de la casa para enfrentarse de pronto a un competidor agresivo al que no pueden vencer, aunque nada les gustaría más.

La figura de la madre, tanto en la ficción como

en la realidad, intentará limar asperezas. Cumplirá de esta forma la función que se espera de su condición femenina, encarnación de la sensibilidad y la paciencia frente a los arrebatos masculinos. De hecho, su apuesta para superar la conflictividad entre el esposo y el hijo pasa por la abnegación, por oponer el afecto al egoísmo del hombre.

En el caso de Alberto, el referente paterno representa también un modelo nada ejemplar, el de un incorregible *playboy*. Hastiada por sus repetidas infidelidades, la esposa busca refugio en la religión a través de la asistencia frecuente a misa y de la dirección espiritual de un sacerdote de la Compañía de Jesús. Vargas Llosa enlaza así su obra con una tradición de novela anticlerical, entre cuyos ejemplos representativos encontramos *Índole*, de Clorinda Matto de Turner. Según esto, la religión, o más bien la beatería, sería un defecto propio de mujeres. Porque los hombres, con su desatención y su comportamiento libertino, son los primeros en empujarlas hacia la sacristía. Aunque ello no obsta para que después se quejen de que el sacerdote les disputa la hegemonía en la conciencia femenina.

Al verse inmerso en un entorno doméstico enraizado, Alberto comprensiblemente encuentra en el Leoncio Prado una relativa liberación. Ciertamente que ha de aguantar un ambiente castrense con multitud de convenciones difíciles de entender, pero la alternativa de volver al hogar se le hace mucho más complicada. Al igual que al joven Vargas Llosa, quien se tomó el ingreso en el colegio como una aventura divertida que tenía la suprema virtud de alejarle, durante toda la semana, de un padre al que despreciaba (Vargas Llosa, 2010: 114).

Será en esta institución escolar donde el futuro novelista, joven privilegiado a fin de cuentas y acostumbrado al ambiente burgués del barrio limeño de Miraflores, conozca por fin un Perú que hasta entonces ignoraba en múltiples aspectos. El Leoncio Prado conformaba un microcosmos del país al funcionar como punto de encuentro de personas de múltiples razas. Aunque, por desgracia, las aulas no servían como crisol para blancos, indios y cholos,

ya que las relaciones de opresión y los sentimientos de desconfianza de unos para con otros, lejos de atenuarse, se reproducían, e incluso se acentuaban. Por otra parte, la escuela constituía una metáfora de la dictadura militar liderada por el general Odría (periodo que duró de 1948 a 1956), un militar que había encabezado la denominada 'Revolución Restauradora', nombre muy apropiado si tenemos en cuenta que logró 'restaurar' los privilegios oligárquicos (Contreras, 2007: 299-301).

EL DESEO Y LA REALIDAD

En este contexto social, el sueño de que los jóvenes se transformen en ciudadanos modelo no es más que eso, un sueño, porque todo conspira en su contra. Todos hablan de 'hacer hombres', pero el producto final está muy lejos del que sería deseable, como si los protagonistas estuvieran condenados a repetir el destino de Víctor Frankenstein y dar a luz criaturas deformes. Los ideales, en efecto, van por un lado y su materialización concreta por otro completamente distinto. El arquetipo basado en los ideales de honor y eficiencia choca con un ambiente brutal en el que los cadetes, los 'perros' a los que alude el título, más que formarse se deforman, porque la tan celebrada disciplina es sólo un mito. A la apariencia de rectitud de la institución se impone una realidad paralela que la inmensa mayoría prefiere esquivar. Los cadetes viven en su propio mundo, en el que se fuma, bebe, juega o se realizan escapadas clandestinas al exterior después del toque de queda para ir a una fiesta o al cine. Esta era la reina de las audacias, algo que en la jerga del alumnado se denominaba 'tirar contra'. El castigo previsto para este caso, la expulsión, no disuadía a los aspirantes de intentar alcanzar la gloria, porque se trataba de eso, de afirmarse frente a la comunidad.

¿Cómo interpretar este tipo de comportamientos? En parte, como la rebelión ante el autoritarismo militar, pero las razones son más hondas. Los protagonistas son varones y adolescentes. Pertenecen

a un grupo de edad que a partir de la Revolución Industrial se percibe como una fuente de conflictos, en paralelo a la formidable extensión de la educación secundaria. Se publican entonces novelas que abordan la problemática de la juventud a partir del contraste entre una comunidad escolar aislada y una ciudad concebida como espacio de seducción. *La ciudad y los perros*, señala el crítico John Neubauer, puede ponerse en relación con las obras de Kipling o Musil, aunque Mario Vargas Llosa no las tuviera presentes a la hora de escribir su libro (2001).

Nos encontramos, pues, ante unos protagonistas cuya tendencia (¿natural?) es asumir riesgos que no siempre poseen una justificación lógica, pero que buscan ser más agresivos. De ahí que se peleen entre ellos con más frecuencia que las chicas. No sería algo inusual, ya que algunos estudiosos explican cómo, en distintos contextos sociales y culturales, los varones sufren más percances y mueren más jóvenes. Para ellos, los comportamientos violentos, y llegado el caso, temerarios, poseen una inequívoca atracción de naturaleza sexual (Pinker, 2009: 40-41), y constituyen una herramienta para destacar en la competencia con otros machos. Cuando se encuentran en grupo, tal inclinación suele fortalecerse.

Otros autores, sin embargo, cuestionan que se deba simplificar el comportamiento de los adolescentes, identificando mecánicamente su edad con un tiempo de ruptura. Los jóvenes no serían por definición rebeldes potenciales ni personas que atraviesan por una crisis existencial. La mayoría, por el contrario, gracias al apoyo del entorno familiar y del círculo de amigos domina su juventud sin caer en depresiones profundas ni convertirse en drogadictos o delincuentes (Benninghaus, 2002: 249-271).

En un proceso de socialización normal los hombres aprenden hábitos de autocontrol que los convierten, a medida que crecen, en seres más pacíficos. En el Leoncio Prado, en cambio, sucede justo al revés. Los alumnos perfeccionan las maneras de abusar de sus compañeros. ¿A qué se debe este triunfo de la barbarie sobre la civilización?

Una cosa es la pedagogía explícita del centro, basada en los presupuestos jerárquicos típicos de cualquier ejército. Otra muy distinta es la pedagogía real, la que se deriva de los hechos. En el día a día la impresión que nos llevamos no es de orden sino de anarquía, de una guerra de todos contra todos. ‘O comes o te comen, no hay más remedio’. Estudiar en el Leoncio Prado supone sufrir terribles novatadas que constituyen ritos de iniciación. Una vez superados, los aspirantes ya son miembros de la comunidad, en la que existe una competencia feroz por las posiciones de prestigio. Para hacerse merecedor de éstas hay que demostrar que se es hombre. Y eso se consigue haciéndose respetar, aunque sea a golpes. El propio Vargas Llosa ha explicado que saber pelear —‘trompearse’ es el peruanismo que utiliza— era uno de los medios por los que se afirmaba la hombría (2010: 117).

Por su destreza en el uso de la violencia, el Jaguar logra ser unánimemente respetado, más bien temido. Su reverso lo constituye Ricardo Arana, llamado ‘el Esclavo’, porque su ineptitud para pelear lo convierte en el blanco de todas las vejaciones. Alberto, lo más parecido que tiene a un amigo, le reconviene con aspereza por su falta de carácter. “¿Por qué eres tan rosquete?” (Vargas Llosa, 2012: 25), le pregunta, peruanismo que significa ‘marica’. El término, dentro de una cosmovisión homofóbica, deviene uno de los insultos más hirientes, sinónimo de afe-minamiento, y en consecuencia de debilidad. Arana, con su rechazo a presentar batalla para defender su propia dignidad, encarna todo lo que no debe ser un auténtico hombre a ojos de sus pares. Para ellos no es otra cosa que un ‘huevoón’, un ‘cojudo’. En definitiva, un reflejo negativo de la masculinidad. Eso le convierte en un intruso, en un extranjero dentro de una institución, el Ejército, donde el derecho de ciudadanía se consigue con ‘unos huevos de acero’. Cualquier expresión de fragilidad, por tanto, queda *ipso facto* anatematizada. Porque como dice Alberto, “no hay que llorar nunca” (Vargas Llosa, 2012: 28). Pero más tarde, cuando muera el Esclavo, el propio Alberto mostrará una tristeza que le colocará en el

blanco de la maledicencia de sus compañeros. Su pesar no será visto como una reacción lógica ante la pérdida de un ser más o menos cercano, sino como una exhibición injustificable de fragilidad: “los blanquiñosos son pura pinta, cara de hombre y alma de mujer” (Vargas Llosa, 2012: 308).

En realidad, el cadete rebelde y brutal con sus inferiores es el tipo humano que realmente interesa a las fuerzas armadas. Éstas no se hacen ilusiones sobre la perfectibilidad del ser humano. Saben que los hombres no acostumbran a ser santos, sino a ostentar todo tipo de vicios. No importa. Hay que aceptarlos como son siempre que respeten la cadena de mando. Porque no se trata de formar sólo autómatas. La obediencia de nada valdría si los individuos no fueran capaces de arreglárselas por sí mismos en determinadas circunstancias. Nos situamos ante un proyecto en el que la transgresión, por insólito que parezca, también ocupa su lugar. El capitán Garrido tiene que recordárselo a un teniente Gamboa demasiado apegado a los formalismos: “Para hacerse hombres, hay que correr riesgos, hay que ser audaz” (Vargas Llosa, 2012: 355). La masculinidad, por tanto, se equipara a la capacidad para afrontar peligros. En el fondo se trata de algo inherente a una institución, el Ejército, que tiene como misión última hacer la guerra, la actividad insegura por excelencia.



Sin título (2012). Dibujo digital: José Luis Vera.

Desde esta perspectiva, Gamboa no puede sino estar condenado al fracaso. Porque él sí cree, ingenuamente, que la educación ha de servir para hacer mejores personas y mejores ciudadanos. Como si anteponer la conciencia propia al criterio del superior no resultara disfuncional para el Ejército. No obstante, la lectura antimilitarista que se acostumbra a hacer de *La ciudad y los perros* presenta algunos puntos no del todo claros. ¿De verdad tiene razón Gamboa? Ha puesto su carrera en peligro por dar crédito a una acusación de asesinato, sin más pruebas que las circunstanciales. Su rigidez, la de uno de esos ‘curas fanáticos’, no es necesariamente una virtud que se pueda contraponer a unos superiores cuya flexibilidad para interpretar las normas él no tiene.

EL GOBIERNO DEL FALO

Como hemos visto, hacerse hombre implica transgredir normas. Ello es especialmente evidente en el terreno sexual, un ámbito en el que las prácticas depredatorias marcan el camino a seguir. Las proezas en la cama constituyen una herramienta imprescindible al servicio del prestigio personal, dentro de un marco en el que la mujer se ve reducida a objeto de consumo. Pasar por el jirón Huatica, es decir, por la calle de las prostitutas, supone un paso prácticamente ineludible en el proceso por el que los muchachos se incorporan al mundo de los mayores. En sus memorias, Vargas Llosa recuerda cómo ser un ‘pinga loca’, ‘comerse’ a cuantas más mujeres mejor equivalía a demostrar una hombría *comme il faut* (2010: 120).

En *La ciudad y los perros* la sexualidad se encuentra siempre a flor de piel. Como buenos adolescentes, los protagonistas muestran una obsesión más o menos enfermiza con sus atributos genitales. Porque ser hombre, un auténtico hombre, implica rendir culto al falo, el símbolo del poder autoritario que los machos ejercen y en el que buscan perpetuarse (Thays, 2011: 467). De ahí que los alumnos,

en lugar de despreciar a su capellán por encontrarlo en los bajos fondos, entre mujeres y alcohol, lo respeten por ello. Porque así demuestra que no es un ser castrado, como los demás sacerdotes, sino un varón que está a la misma altura que los demás. Precisamente por lo mismo, Alberto, el Poeta, se obsesiona con una prostituta, la Pies Dorados. Sueña con poseerla a toda costa, aunque sea arriesgándose a coger una sífilis, ¡porque ya es un hombre! Pero mientras llega el gran día, inventa historias picantes para pasar ante sus colegas como el amante experimentado que dista de ser. La ficción, en este caso, le ayuda a sobrellevar lo que él vive como una importante limitación: no haber estado nunca con una mujer. La falta de experiencia queda suplida a fuerza de fantasía, la que utiliza para inventar esas novelas eróticas que tienen tanto éxito entre sus compañeros, porque a fin de cuentas son historias ‘que engordan la pichula’.

Cuando por fin se vaya con la Pies Dorados, su torpeza le jugará una mala pasada. Tendrá que soportar entonces la humillación de que ella lo trate de manera condescendiente. El fracaso sexual caracteriza a Alberto como un hombre a medio hacer, metáfora de su inmadurez global. Conforme avanza la novela su personaje se vuelve más y más antipático. Primero traiciona al Esclavo, arrebatándole la novia con la hipocresía más descarada. Más tarde hace una denuncia por asesinato, pero es incapaz de soportar la presión de los superiores y se viene abajo enseguida. El Jaguar, en cambio, se mantiene fiel a sí mismo, incluso en las situaciones más difíciles. Saldría beneficiado si confesara a sus compañeros que el verdadero delator no es él, sino Alberto: por su culpa han registrado las taquillas, encontrando todo tipo de artículos prohibidos. Sin embargo, aunque conoce de sobra su culpabilidad, permanece callado para no convertirse en lo que más desprecia, un soplón. Su comportamiento sí es el de un auténtico macho y eso se expresa en un hecho altamente simbólico: cuando acude a los burdeles apenas gasta dinero porque las prostitutas, las ‘polillas’, no quieren cobrarle.

No hablamos de nada que pertenezca a la esfera privada, al contrario. La sexualidad, ante todo, es un asunto público porque atañe a la hombría del individuo, una cualidad de la que se deriva el respeto de la colectividad. Es por eso que los alumnos del Leoncio Prado practican ciertos actos en grupo, como las visitas al burdel o los concursos de masturbación. ¿Significa esto, como se ha dicho, que la educación militar tiene este efecto de uniformizar a los individuos, incluso en algo tan íntimo, *a priori*, como las prácticas sexuales? Tal vez la respuesta sea negativa. La clave del comportamiento de los cadetes nos la ofrece Pierre Grimal en su estudio sobre el amor en la antigua Roma, al recordarnos algo que contradice nuestros prejuicios románticos: “la expresión del sentimiento amoroso, lejos de ser espontánea, producto de una experiencia personal incapaz de permanecer oculta, viene a ser ante todo un fenómeno de imitación” (2012: 13).

Imitar en la adolescencia se convierte en una capacidad absolutamente básica para hacer posible la socialización. En el comportamiento del Poeta, por ejemplo, esta dimensión se revela como fundamental: “Yo también quiero ir donde la Pies Dorados” (Vargas Llosa, 2012:18). El adverbio ‘también’ delata cómo, para él, lo que está en juego es ponerse al mismo nivel que los otros. Su personalidad, en una edad de transición, se va construyendo a partir de diversos referentes. Uno de ellos, el Jaguar, encarna el arquetipo del líder invencible. De ahí que todos le copien. El mismo Alberto incluso ríe como él. Paradójicamente, el Esclavo, aunque cumple sumiso sus imposiciones, es el único que se resiste a tomarle como modelo. “Yo no lo imito” (Vargas Llosa, 2012: 26), dice, con una firmeza interior que no sabe mantener en su comportamiento público.

Toda esta dimensión gregaria de lo aparentemente privado tiene que ver con un rasgo propio de la civilización occidental. Dentro de ésta, tal como apunta David M. Friedman, “el pene fue siempre algo más que una mera parte del cuerpo. Fue una idea, una vara que sirve para medir el lugar que ocupa el hombre en el mundo, conceptual aunque de

carne y hueso” (2007: 16). Lo que importa, por tanto, es discernir los elementos culturales que configuran una determinada visión de una característica biológica, lo que tiene que ver con desentrañar la relación entre pene y poder que han establecido distintas civilizaciones, lo mismo los antiguos griegos que países en los que impera la modernidad, como Estados Unidos. Resulta muy ilustrativa, a este respecto, una anécdota del presidente estadounidense Lyndon B. Johnson: en una reunión extraoficial con un grupo de periodistas, al ver que no podía convencerles sobre la necesidad de continuar la guerra de Vietnam, el mandatario recurrió a un argumento que nada tenía que ver con los razonamientos políticos. Se bajó la bragueta, sacó su pene y exclamó: “¡Esto es el porqué!” (Friedman, 2007: 19).

La masculinidad, por tanto, reside en los atributos genitales, prejuicio que tantos comparten. En una novela corta titulada *Los cachorros*, Vargas Llosa muestra el drama de Pichula Cuéllar, al que un perro ha castrado en un trágico accidente. Mientras se recupera, los padres del joven le recomiendan que no divulgue dónde le ha mordido el animal. Mejor decir que ha sido en una pierna, porque la verdad es más vergonzosa de lo socialmente tolerable.

Para los alumnos del Leoncio Prado el sexo supone una obsesión constante, tanto que a falta de mujeres no dudan en mantener relaciones con una perra, la Malpapeada. Este episodio hay que interpretarlo dentro de la lógica de la ficción, no como un episodio real. Uno de los antiguos cadetes desmintió la historia con rotundidad e indignación: “La Malpapeada, que era una perrita que según él se tiraban los cadetes. Eso nunca pasó. Es falso de toda falsedad” (Vilela, 2011: 168).

De la misma manera, también es una invención del autor que el dueño de La Perlita, un inocente quiosco de golosinas, practicara ‘cochinadas’ con los muchachos (Vilela, 2011: 168).

Se ha dicho que los personajes de la novela aparecen animalizados. No en vano los alumnos representan el estado de naturaleza hobbesiano: al dar rienda suelta a sus instintos, el resultado es la

anarquía y la destrucción. El mismo nombre peyorativo que reciben, ‘perros’, subraya su deshumanización, al equiparlos con un animal que desde siglos ha sido el símbolo de lo impúdico y lo despreciable, pero cuya simbología es contradictoria. Puede encarnar, por un lado, rasgos como la cobardía, el miedo y la sumisión. Es decir, representa justo aquellas cualidades opuestas a lo que se supone debe ser un hombre de verdad, ¡aunque no se busca otra cosa! Cuando un alumno ha asumido por fin la identidad canina se convierte en un ser que va a obedecer cualquier orden, por arbitraria que sea, y a soportar todo tipo de abusos (Montes, 2011: 67). Por otra parte, el perro encarna la violencia, la decisión de avanzar en la vida a cualquier precio, aunque sea a dentelladas. Así harán los protagonistas de *Los cachorros*, esos hijos de la clase media alta que aprovechan su educación escolar para adquirir los hábitos implacables de sus mayores, en el camino hacia su configuración como machos alfa (Thays, 2011: 469-477). Porque más allá de las intenciones declaradas, los padres saben que sus vástagos necesitan curtirse como seres cínicos e insensibles para abrirse camino en una sociedad equivalente a la jungla. La verdadera función del colegio es prepararles para el mundo real, donde sólo el más fuerte sobrevive. De ahí que la institución educativa, como bien ha dicho un crítico, no sea “el espacio en el que los estudiantes forjan los valores que pueden enmendar la corrupción social, sino el lugar en el que se inculcan los vicios que la perpetúan” (Granés, 2008: 40-43).

Dentro del microcosmos del Leoncio Prado, animalizar funciona como un principio universal de jerarquización, ya que casi todo el mundo es ‘perro’ en relación con quien le supera en antigüedad: los cadetes de tercero respecto a los de cuarto, los de segundo respecto a los de tercero...

Los ‘perros’ son, en efecto, el punto más bajo en la jerarquía social. Por medio de éstos, Mario Vargas Llosa muestra las consecuencias sobre el individuo de un país con un grado insoportable de desigualdad, donde el autoritarismo se traduce en un mundo fragmentado en el que es muy difícil que los jóvenes

posean puntos de referencia estables. El ‘perro’, señala Edward Medina, representa el animal “huérfano de padre, que transita por las calles sin rumbo fijo” (2012: 6).

Aunque desde otro punto de vista, sólo cabe contemplar a los cadetes como típicos adolescentes con las hormonas disparadas. Sus problemas acaban conduciendo a situaciones límite porque la naturaleza represiva del entorno no contribuye a gestionar adecuadamente las dificultades propias de un proceso de crecimiento, más bien las exagera. Pero sus conflictos no son distintos a los de otros jóvenes. En *Los cachorros*, los protagonistas también se dedican a pensar todo el tiempo en chicas, sólo que ellos tienen la suerte de ser civiles.

CONCLUSIONES

En cierto modo, *La ciudad y los perros* vendría a ser la parodia de una novela de iniciación, en el sentido de que los protagonistas, en su tránsito desde la niñez a la edad adulta, más que madurar se corrompen. Así, Morales Saravia habla de “antinovela de educación, donde el proceso de maduración conduce a aprender a ejercitarse en el dominio del mal” (2011: 92).

La aspiración de todos los alumnos es llegar a ser hombres, pero en lugar de eso acceden a un sucedáneo de masculinidad que se define por el egoísmo, la ineptitud emocional y la promiscuidad desenfrenada. La trama desemboca así en una gigantesca impostura en la que la mayoría de personajes, para vivir, representan un papel que les aproxima inexorablemente hacia el vacío interior. El caso más sangrante es el de Alberto: mientras corteja a Marcela se hace el serio y el responsable, pero su auténtico sueño es reproducir la vida de su padre como empedernido mujeriego. Miente a su chica, pero también a sí mismo al intentar salvar su buena conciencia.

En teoría, sus inclinaciones negativas deberían controlarse mediante el proceso de educación en el Leoncio Prado, una supuesta instancia civilizadora

destinada a forjar personas aptas para la vida en sociedad, entendida, por supuesto, desde la óptica de los valores castrenses. No se trata de una socialización que responda a unos parámetros democráticos, pero al menos se integra a una noción de bien común, por particular que ésta sea. El centro educativo debe, por definición, formar ciudadanos que se identifiquen con los problemas de su país. El conflicto se refleja en su fracaso, derrota simbólica de Perú en su conjunto, al ser incapaz de proporcionar ideales traducibles en una determinada praxis. La crisis del adolescente simboliza, pues, la de toda una identidad colectiva (Latinez, 2006: 41-75).

A medida que crecen, los alumnos aprenden a identificarse no con la nación, sino con su pequeño grupo de referencia constituido por su círculo de compañeros. Ellos son el objeto de la fidelidad personal, esa cualidad que todos están de acuerdo en definir como la más valiosa. Cualquier tara se puede disculpar, menos la traición al compañero. De ahí que el Jaguar no pueda perdonar al Esclavo por delatar a Cava, un delito que en apariencia le hace pagar con la muerte, aunque en realidad no esté tan claro que él sea culpable del asesinato.

La tragedia que representa la traición es condición inexcusable para que la novela tenga atractivo. En la vida real la experiencia en el Leoncio Prado resulta más cotidiana, como corresponde a una academia militar y no al purgatorio metafísico imaginado por un literato. Según Vargas Llosa, el tiempo que pasó de cadete acentuó su carácter rebelde, vacunándole para siempre contra la mística de la obediencia ciega. Pero como él mismo reconoce, ésta fue una evolución que hizo *a posteriori*. Mientras estudiaba, en cambio, no rechazaba el ambiente brutal de las aulas. Todo lo contrario. En esos momentos pasar pruebas tan desagradables como las novatadas formaba parte del proceso mediante el cual un adolescente se convertía en adulto. De ahí que el novelista, lejos de condenar este juego, se adaptara al mismo. “Bautizó, golpeó, castigó, humilló, tuvo algo de Jaguar”, nos dice el periodista Sergio Vilela, el mejor estudioso de su etapa en el Leoncio

Prado (2011: 164). En esos momentos su percepción no era la de ser víctima de una institución represiva, sino la de vivir una aventura excitante, llena de riesgos, que contribuía a su maduración. Más tarde reaccionará contra los valores que le impartieron, pero pese a todo, su persona no dejará de estar moldeada por el colegio militar, en un sentido más positivo de lo que podría esperarse *a priori*. No en vano, sin los hábitos de disciplina adquiridos entre uniformes, seguramente le hubiera sido imposible llevar las prusianas jornadas de trabajo que le han convertido en uno de los clásicos más prolíficos del siglo XX. Él mismo, en sus memorias, considera que los años en el internado le fueron más beneficiosos que perjudiciales, aunque no por los méritos del colegio: en ese tiempo pudo leer y escribir como no lo había hecho antes, de manera que se fortaleció su vocación por la literatura.

REFERENCIAS

- Angvik, Birger (2004), *La narración como exorcismo. Mario Vargas Llosa, obras (1963-2003)*, Lima, Fondo de Cultura Económica.
- Benninghaus, Christina (2002), "Los jóvenes", en Freuvert, Ute y Heinz-Gerhard Haupt (eds.), *El hombre del siglo XX*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 249-271.
- Bonino, Luis (2002), "Masculinidad hegemónica e identidad masculina", *Dossiers feministes*, núm. 6, Castellón, pp. 7-35.
- Carabí, Àngels y Josep M. Armengol (2008) (eds.), *La masculinidad a debate*, Barcelona, Icaria Editorial.
- Connell, R. W. (2005), *Masculinities*, Cambridge, Polity Press.
- Contreras, Carlos y Marcos Cueto (2007), *Historia del Perú contemporáneo: desde las luchas por la independencia hasta el presente*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.
- Friedman, David M. (2007), *Con mentalidad propia. Historia cultural del pene*, Barcelona, Ediciones Península.
- Granados Cosme, José Arturo (2002), "Orden sexual y alteridad. La homofobia masculina en el espejo", *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 61, septiembre, México, pp. 79-97.
- Granés, Carlos (2008), *La revancha de la imaginación. Antropología de los procesos de creación: Mario Vargas Llosa y José Alejandro Restrepo*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Grimal, Pierre (2012), *El Amor en la Roma Antigua*, Barcelona, Planeta.
- Hahn, Óscar (2011), "La ciudad y los perros: testimonio de una lectura y otros sucesos colaterales", *Estudios Públicos*, núm. 122, Santiago de Chile, pp. 46-62.
- Ingenschay, Dieter (2011), "Mario Vargas Llosa y el 'pecado nefando'", *Revista Chilena de Literatura*, núm. 80, noviembre, Santiago de Chile, pp. 51-63.
- Kimmel, Michael S. (2005), *The Gender of Desire: Essays of Male Masculinity*, Albany, State University of New York Press.
- Kristal, Efraín (1999), *Temptation of the Word. The novels of Mario Vargas Llosa*, Nashville, Vanderbilt University Press.
- Latinez, Alejandro (2006), *Narrativas de aprendizaje, narrativas de crecimiento: el personaje adolescente y los límites del discurso del desarrollo en Latinoamérica entre 1950 y 1971*, Tesis doctoral, Vanderbilt University.
- Martínez Hoyos, Francisco (coord.) (2012), *Heroínas incómodas: la mujer en la independencia de Hispanoamérica*, Barcelona, Rubeo.
- Medina Frisancho, Edward (2012), "Lima: encierro y evasión en *La ciudad y los perros* de Mario Vargas Llosa", *Ángulo Recto. Revista de estudios sobre la ciudad como espacio plural*, vol. 4, núm. 1, Madrid, pp. 5-13.
- Millington, Mark (2007), *Hombres in/visibles La representación de la masculinidad en la ficción latinoamericana, 1920-1980*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica.
- Montero, Rosa (2004), "La cara oculta de la Luna", en *El País*, 10 de octubre, Madrid.
- Montes, Cristián (2011), "El imaginario perruno en *La ciudad y los perros* de Mario Vargas Llosa", *Revista Chilena de Literatura*, núm. 80, noviembre, Santiago de Chile, pp. 65-86.
- Morales Saravia, José (2011), "Aisthesis en el Realismo Crítico de *La ciudad y los perros* de Mario Vargas Llosa", *Revista Chilena de Literatura*, núm. 80, noviembre, Santiago de Chile, pp. 87-115.
- Moreno Juárez, Sergio (2007), *Masculinidades en la Ciudad de México durante el porfiriato. Una aproximación bibliográfica*, Tesis de Licenciatura, Universidad Autónoma Metropolitana.
- Nettel, Guadalupe (2011), "El hombre en cautiverio. Modelos de masculinidad en *Los Cachorros* y *La Ciudad y los Perros*", *Estudios Públicos*, núm. 122, Santiago de Chile, pp. 78-95.
- Neubauer, John (2001), "Vargas Llosa's *La Ciudad y los perros* and the European Novel of Adolescence", *Comparative Literature and Culture*, vol. 3, núm. 2, disponible en: <http://dx.doi.org/10.7771/1481-4374.1125>.
- Pinker, Susan (2009), *La paradoja sexual. De mujeres, hombres y la verdadera frontera del género*, Barcelona, Ediciones Paidós.
- Diccionario de la lengua española* (2012), disponible en: <http://lema.rae.es/drae/>.
- Schöngut Grollmus, Nicolás (2012), "La construcción social de la masculinidad: poder, hegemonía y violencia", *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, vol. 2, núm. 2, noviembre, Montevideo, pp.
- FRANCISCO MARTÍNEZ HOYOS. Es director de la revista *Historia, Antropología y Fuentes Orales* de la Universitat de Barcelona, España. Es documentalista de la revista *Historia y vida*. Ha escrito, entre otros libros, *Francisco de Miranda, el eterno revolucionario* (Arpegio, 2012).